

CONVERSACIÓN CON JULIÁN CASANOVA: SOBRE LA HISTORIA, LOS HISTORIADORES Y LA UNIVERSIDAD*

*A Conversation with Julián Casanova:
on History, Historians and the University*

Entrevista realizada por
Juan A. BONACHÍA HERNANDO
y Juan Carlos MARTÍN CEA

RESUMEN: A partir del análisis del carácter polisémico de la expresión “Crisis de la Historia” y de matizar el supuesto declive de las grandes corrientes historiográficas del siglo XX, la entrevista reflexiona sobre distintas alternativas historiográficas planteadas en la actualidad –nueva Historia Cultural, emergencia de nuevos temas y sujetos: raza, género, subalternos...–, indaga sobre la crisis del oficio de historiador dentro de la sociedad y revisa el papel de la Sociología Histórica y su vinculación con la renovación de la Historia Social. Asimismo, se discute sobre la situación de la historiografía en España, los problemas de los historiadores, su relación con el panorama universitario actual en nuestro país y se debaten algunas de sus posibles soluciones.

PALABRAS CLAVE: Crisis de la Historia. Corrientes historiográficas. Nueva Historia cultural. Sociología histórica. Historiografía española. Papel de los historiadores. Universidad española.

ABSTRACT: After considering the polysemic nature of the very phrase “the crisis of History” and qualifying the alleged decline of the twentieth century’s major historiographical trends, this interview explores the several alternatives that lie open today –the New Cultural History, the rise of new topics and subjects for History (race, gender, subaltern studies...)– and probes into the crisis surrounding the historian’s job in today’s society while reviewing at the same time the role of Historical Sociology and its

* Entrevista realizada el 8 de junio de 2007, en el despacho de Julián Casanova, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Julián Casanova Ruiz es Catedrático de Universidad de Historia Contemporánea. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, C/ Pedro Cerbuna, 12, 50009 ZARAGOZA (España). C.e.: casanova@unizar.es.

connections with the renewal of Social History. Together with that, this item includes a discussion of present-day historiography in Spain, the main problems that affect its practitioners, its bonds with the university world and the range of possible solutions.

KEYWORDS: Crisis of History. Historiographical Trends. New Cultural History. Historical Sociology. Spanish Historiography. Role of Historians. Spanish University.

Juan A. BONACHÍA - Juan C. MARTÍN CEA: Julián, antes de nada queremos agradecerte, en nombre de *EDAD MEDIA. Revista de Historia* y de su Consejo de Redacción, tu amabilidad por dedicarnos tu tiempo para realizar esta entrevista.

Como bien sabes, la expresión “crisis de la Historia” se ha convertido en los últimos tiempos en un tópico recurrente entre los profesionales de la disciplina. Sin embargo, bajo esta etiqueta conviven interpretaciones muy variadas: desde las posiciones más antihistoricistas de la teoría posmoderna hasta los partidarios de construir un “nuevo” paradigma histórico, pasando por aquellos que reivindican una “nueva historia cultural”, una “nueva historia política”, una “historia ecológica”, etc. Por otra parte, es evidente que los acontecimientos vividos en el mundo durante los últimos 25 o 30 años no ayudan a clarificar este panorama: el hundimiento de la Unión Soviética, la finalización de la Guerra Fría, la aparición del terrorismo fundamentalista islámico, el fenómeno de la globalización, la emergencia de nuevas potencias como China, la India o Brasil, el estancamiento del proceso de Unidad Europea, el surgimiento de conceptos como el de “alianza de civilizaciones” o su opuesto, el de “choque de culturas”... La primera pregunta, entonces, es inevitable: ¿cuál es tu opinión sobre dicha crisis? ¿Existe o no? Y si así fuera, ¿cuáles serían sus síntomas?

Julián CASANOVA: Bueno, en realidad, los primeros que comenzaron a hablar de “crisis de la Historia” fueron los historiadores más tradicionales, que se vieron acosados de alguna forma por la pujanza de la Historia Social. Pero lo que llamamos, tal y como lo habéis calificado, “crisis” empezó cuando algunos percibieron que esa Historia Social, que los franceses llamaban total o global, que los marxistas creían que era la clave para entender el mundo, comenzaba a fragmentarse y dispersarse. Y lo hacía en un momento, a finales de los años Setenta y principios de los Ochenta, que coincide básicamente con cuatro tendencias: una, que era la llamada “desintegración”, o lo que llamó François Dosse¹ “el desmigajamiento” de esa estructura braudeliana que había marcado la

¹ DOSSE, F., *L'histoire en miettes. Des Annales à la Nouvelle Histoire*, Paris, La Découverte, 1987.

segunda generación de *Annales*. Su *Histoire en miettes* significaba que se había perdido el rumbo y, a propósito de eso, ya en los tres volúmenes de *Faire de l'Histoire* de Pierre Nora² aparecía la vuelta a la política, que había sido, al fin y al cabo, un tabú dentro de la Historia Social. Luego, en principio, la “crisis” empezó con los términos “fragmentación”, “dispersión” del foco, abandono de la Historia de reyes y batallas en los estudios tradicionales o de las clases sociales, los medios de producción y las fuerzas productivas en el marxismo.

El segundo cambio importante, que lo marcó el famosísimo artículo de Lawrence Stone³, venía a decir que lo que había era un cansancio del modelo sociológico y que ese cansancio, además de haber abandonado la cultura – que era un poco la teoría que empezaba a nacer en aquel momento–, había centrado demasiado la Historia en las estructuras, olvidando los personajes, las biografías. Y aún más, lo que también reflejaba ese cansancio era que se había perdido la seña de identidad de la Historia, que era la narrativa. Pero, claro, en la propuesta de Lawrence Stone había muchísimo más que una vuelta a la narrativa, algo que yo creo que Hobsbawm no captó en aquel momento en la respuesta que le dio en *Past and Present*⁴.

La tercera era lo que se empezó a llamar “crisis de la Historia Social” desde lo que entonces era la disidencia marxista, no la *New Left Review*, sino gente que se situaba a la extrema izquierda de la historiografía y que creía que la Historia Social de los “popes”, tanto de los marxistas como sobre todo de la Historia Social americana, era una Historia que, en el fondo, no planteaba los grandes problemas; se había llevado a cabo una Historia de la vida cotidiana, una Historia que en vez de una Historia Social era en realidad la Historia del chismorreo –ellos hablaban así–, la historia cuantitativa, la cliometría... El artículo que marcó esta tendencia crítica fue el de un personaje muy poco conocido entonces y ahora muy famoso, Tony Judt, que trabaja en el Instituto Erich Maria Remarque de Nueva York, donde está publicando sus grandes libros sobre el mundo actual, los intelectuales franceses, etc. Judt escribió un pequeño artículo en *History Workshop*, la revista que Raphael Samuel y G. Stedman Jones fundaron a mediados de los Setenta, titulado algo así como... “Un payaso en púrpura real”⁵ –esta sería la traducción

² LE GOFF, J., y NORA, P. (dir.), *Faire de l'histoire*, 3 vols., Paris, Gallimard, 1974.

³ STONE, L., «The Revival on Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 1979, 85, pp. 3-24.

⁴ HOBBSBAWN, E. J., «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, 1980, 86, pp. 3-8.

⁵ JUDT, T., «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 1979, 7, pp. 66-94.

literal—, en el que venía a decir que aquella Historia de reyes y batallas había sido sustituida por una Historia sin significantes; y, claro, buena parte de la culpa era de la Historia Social americana. Este sería, desde luego, el tercer modelo.

Y después había un cuarto modelo, que creo que en realidad fue el que acabó conectando con Fukuyama, que lo representó sobre todo el libro de G. Himmelfarb⁶, que ya hablaba de crisis de la Historia desde el punto de vista conservador, en el sentido de que la Historia Social había estado dominada por marxistas, feministas, deconstruccionistas..., y que todo eso había generado caos, porque en realidad lo que había que hacer era recuperar a Ranke, recuperar las señas de identidad de la Historia historicista decimonónica.

Yo creo que esas cuatro corrientes fueron las que confluyeron antes de que llegara una vuelta a la Historia Cultural y, por supuesto, antes de que este término de “crisis” se identificara con el de “crisis de Historia” desde el punto de vista que lo utilizó Fukuyama⁷. Si seguimos la evolución de la historiografía, creo que es así, que hay cuatro caminos que empezaron a hablar de crisis. Y ante eso empezaron a marcarse también dos interpretaciones: una, si crisis significaba realmente lo que entendemos siempre por crisis, algo malo, algo que te molesta, o crisis era todo lo contrario: que bienvenidas fueran las crisis si eso significaba pluralidad, diversidad, que no había una teoría a la que agarrarse, que no había un puerto seguro al que llegar. Desde ese punto de vista hubo mucha gente que creyó que la Historia Social marxista había sido muy rígida con las clases sociales y no había dejado lugar a la cultura. Ahí es cuando comenzaron a surgir distintas reacciones. Si preguntáis cómo ha acabado todo esto ahora, creo que prácticamente por el mismo camino, y la mayor parte de la gente ha identificado esta fragmentación como algo bueno para la Historia.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: En todo caso, con independencia del carácter polisémico que otorguemos al término “crisis de la Historia”, o de que se le adjudiquen distintas interpretaciones, hay otro dato que resulta incuestionable en el momento presente y es que las grandes corrientes, las grandes escuelas historiográficas del siglo XX, llámense *Annales* o materialismo histórico —aunque, en realidad, no hay uno sino varios materialismos históricos—, o cuantitativismo, parecen entrar en una profunda crisis a finales de los Setenta, de la cual es dudoso que se hayan recuperado. Luego, a partir de ahí, se han intentado plantear alternativas, nuevas soluciones... Por ejemplo, es sabido que en un momento

⁶ HIMMELFARB, G., *The New History and the Old*, Cambridge, Belknap Press, 1987.

⁷ FUKUYAMA, F., *The End of History and the Last Man*, New York, Free Press, 1992.

determinado *Annales* toca a rebato y dice: esto no puede seguir así, la *Historia en migajas* de la que hablaba F. Dosse nos está llevando a una pérdida del sentido unitario de la Historia y algo hay que hacer. Es entonces cuando se plantean forzar el “tourant critique”, que anunciaron desde las páginas de la revista y se tradujo después en un famoso editorial, «Tentons l’expérience»⁸. La pregunta, aparte de la valoración general de las grandes escuelas del siglo XX, es si ese “giro crítico” ha producido algún resultado o se ha quedado, como otras iniciativas de *Annales*, en una mera declaración de intenciones.

Julián CASANOVA: Bien, yo creo que cuando surgen estas tres vías que denomináis las grandes corrientes, no tienen una presencia clara en las Universidades; surgen en el momento de construcción de lo que es la historiografía del siglo XX, en el momento en que se incorpora más gente a la Universidad; coinciden claramente con la expansión de las carreras de Historia, con la mal llamada masificación de la Universidad, con el acceso creciente de estudiantes. Es decir, la Historia deja de ser una cosa para cuatro y acaba siendo algo que estudia muchísima gente, y es en ese momento, después de la II Guerra Mundial, cuando se construyen también los grandes problemas; por eso, creo que es muy simplificador hablar de *Annales* con Braudel para referirse después a la fragmentación o hablar de la identificación del marxismo –y yo estoy de acuerdo con vosotros en que hay varios “marxismos”, “materialismos históricos” y no sólo eso– con un determinado modelo de materialismo histórico. Por ejemplo, yo he subrayado alguna vez –y creo que lo hice cuando murió E. P. Thompson– que había que volver a la biografía, a las personas y al individuo porque el marxismo las había difuminado en la estructura; en realidad, Thompson empieza su carrera con una biografía sobre William Morris⁹ y la acaba con un poeta¹⁰; es decir, que en los años Cincuenta Thompson ya empezaba a hacer biografías y su *Formación histórica de la clase obrera*¹¹ no tiene un cuadro estadístico, no tiene tablas..., son más de novecientas páginas de narración pura, donde aparecen muchísimos personajes, donde hay una erudición empírica tradicional.... O sea que, desde ese punto de vista, cualquier simplificación de las escuelas evidentemente nos obligaría a matizar. ¿A qué ha llevado todo este “giro”? Yo creo que el gran reto al que se sometió la Historia a partir de los años Ochenta es si los intelectuales, o los

⁸ *Annales ESC*, novembre-décembre 1989, n° 6, pp. 1317-1323.

⁹ THOMPSON, E. P., *William Morris: Romantic to Revolutionary*, London, Lawrence & Wishart, 1955.

¹⁰ ID., *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, New Cork, The New Press, 1993.

¹¹ ID., *The making of the English Working Class*, New York, Vintage Books, 1966.

Historiadores como intelectuales, deberían tener una presencia en la sociedad o no deberían tener una presencia en la sociedad...

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Precisamente, de eso querríamos hablar luego...

Julián CASANOVA: Y yo creo que eso es lo que realmente repercutió. Si hablamos de Norteamérica, el intelectual no se planteó nunca tener una presencia en la sociedad. Uno podía estar en la Universidad de Princeton, con la ciudad al lado, ser un intelectual famosísimo y no escribir nunca en un periódico...; eso sería impensable en Valladolid o en Zaragoza, y no digamos ya en Madrid o Barcelona, donde el intelectual tiene que escribir, tiene que situarse en la ciudad. Está claro que el mundo europeo se tuvo que plantear de nuevo cuál era la función del historiador. ¿Por qué? Porque evidentemente coincidió con una crisis en el mercado. De repente, aquellos autores que vendían libros, y vendían muchísimos, empezaron a tener menos repercusión. Cuando se sacaban los primeros libros de los Hobsbawn, Thompson, etc., se tiraban cinco mil ejemplares y se agotaban, y de repente pareció que los estudiantes ya no leían Historia, que la Historia, si no iba acompañada de los medios de comunicación, no se leía... Es decir, empezó a haber una crisis del papel del historiador dentro de la sociedad o, mejor dicho, del oficio de historiador dentro de la sociedad: por eso empezaron a surgir tantas preguntas sobre el oficio del historiador. Ahora bien, yo creo que todos estos debates han tenido enormes beneficios para los estudiantes que después han entrado en la profesión, y también para los historiadores. Si no, no se entiende la explosión de revistas que se produjo en los años Setenta y Ochenta, la profesionalización de la Historia desde el punto de vista de las asociaciones, las conexiones entre asociaciones de Historia, las grandes conferencias y encuentros que tenían repercusiones en los medios de comunicación y, sobre todo, la presencia de la Historia actual..., una Historia por la que intelectuales o historiadores de prestigio, que hasta ese momento sólo habían escrito libros para la profesión, acabaron siendo personajes mediáticos, que van a debates, actúan como asesores..., un poco la función de Ranke con los reyes en el siglo XIX que muchos se quejaban que habían perdido.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Se trata de una cuestión que nos interesa mucho: el papel, la función que juega el historiador en la sociedad actual. Pero, siguiendo un poco con el asunto de las diversas corrientes, no es menos cierto, como tú has señalado en alguno de tus artículos, que no todos los movimientos renovadores, o llamados renovadores, han abogado por una ruptura con la historiografía del pasado. Es el caso de la Historia de la vida cotidiana alemana (*Alltagsgeschichte*), los estudios subalternos de la India, con personas como R. Guha o G. Ch. Spivak, o la historiografía del género patrocinada por Joan W. Scott. ¿Cuál sería la

valoración que haces de estas corrientes? ¿Pueden servir, o han servido, para abrir nuevos caminos en el horizonte de la Historia?

Julián CASANOVA: Claro. Todas estas corrientes son reacciones desde el interior frente a lo que se suponía que eran colegas que, siendo iguales, no habían tenido en cuenta esas cuestiones. Es decir, Scott reacciona fundamentalmente ante una persona como G. Stedman Jones que, en aquel famoso libro de *Lenguajes de clase*¹², pone el dedo en la llaga para indicar que nunca se ha puesto énfasis en los lenguajes –él lo hace sobre todo a propósito del “cartismo” en el siglo XIX–, y lo que hay que hacer es revisar la Historia obrera a través del lenguaje, que son las percepciones. Pero J. W. Scott le reprocha que, a pesar de ser marxista, heterodoxo y hablar de la importancia del lenguaje, el género no cuenta nada para él. Y es que evidentemente la primera generación de marxistas británicos no habla nunca de género, ni entra en el debate ni plantea el hecho de que las mujeres tengan una presencia en la Historia. O sea, cuando Scott o Natalie Z. Davis reaccionan, gente que normalmente está en Departamentos norteamericanos, su reacción coincide con que lo políticamente correcto es contratar a feministas. Lo que ocurre es que, claro, todos estos debates van conectados: en los años Ochenta hay una batalla para que las feministas, o mejor, las mujeres historiadoras, politólogas o sociólogas tengan una presencia en la Universidad. Y dicha presencia implica que, cuando se contrata a profesores, haya, al menos, una persona que esté interesada en el género frente a los que no lo han estado nunca. Desde ese punto de vista, la batalla cultural es lo mismo. Yo no conozco ninguna gran revisión, volviendo a la pregunta anterior, ningún giro, ni lingüístico, ni de género, ni teórico, que haya sido llevado al margen de las personas que estaban conviviendo o compartiendo en aquel momento esas posiciones. ¿Qué ocurre? Que ahora hay una insatisfacción ante gente que no tiene en cuenta ese tipo de planteamientos.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Salvo quizás en el caso de los Estudios Subalternos. Porque los Estudios subalternos surgen en medio de la teoría poscolonial y son una especie de soplo de aire nuevo, con contradicciones evidentemente, porque no se puede comparar la línea metodológica de R. Guha con las dudas ultraposmodernas de G. Ch. Spivak...

Julián CASANOVA: Pero, en el fondo, ¿qué hacen?: reaccionar frente a los grandes análisis que había habido sobre el colonialismo, que fundamentalmente eran marxistas. ¿Qué hace el posmodernismo? Pues exactamente igual. Y otro

¹² STEDMAN JONES, G., *Languages of class. Studies in an English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

tanto ocurre con la Historia de la vida cotidiana alemana; todos son discípulos de la Historia Social de la escuela de Bielefeld, que lo que demuestran es una insatisfacción con la historia estructural representada por ejemplo por Wehler o Kocka y replantean algunos retornos al historicismo, con lo cual no estoy negando que no haya cosas nuevas. Lo que estoy diciendo es que, cuando James Scott plantea el enorme peso de la vida cotidiana en el mundo campesino, lo que él llama “las armas de los débiles”, lo que está sugiriendo es que no se puede entender al campesinado con el modelo de huelgas marxista. Y, ¿cómo influyen estos planteamientos en España? Pues en que los andaluces, que hasta entonces estaban preocupados por el latifundio y las huelgas, se dan cuenta de que lo que hay, más que huelgas, son denuncias a la Guardia Civil porque, por ejemplo, se producen robos de cosechas o leña.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Movimientos de contestación también individuales...

Julián CASANOVA: Exacto. En definitiva, lo que estoy tratando de decir es que para que haya reacciones coherentes frente a historiografías sólidas, de alguna forma tienes que haber mamado de ellas. Por eso decía antes que todo este tipo de debates sí tienen grandes beneficios.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: ¿Incluso cuando se plantea la duda expresada por autores como G. Ch. Spivak sobre la incapacidad de la Historia de recuperar las voces de los grupos subalternos? ¿Qué piensas de estos planteamientos? ¿Pueden hablar los subalternos o, como dice ella, es muy difícil integrar ese tipo de voces en la Historia?

Julián CASANOVA: Estoy convencido de que se pueden integrar. Sí, de nuevo es un debate interesante. Con los subalternos ocurre igual que sucedió con la Historia de las mujeres o con la Historia de los campesinos hasta que llegaron autores como J. C. Scott y otros en esa línea. El gran problema de la Historia, como se fraguó en los Setenta, son las fuentes. Todos los problemas de los marginados, subalternos, campesinos, giran en torno a las fuentes: ¿con qué fuentes cuentas? Desde este punto de vista está claro que en las carreras de Historia, en los grandes Departamentos, nunca pueden introducirse ese tipo de análisis de fuentes, con lo cual, salvo el modelo norteamericano que permite muchísima libertad –en contra de lo que mucha gente cree–, estos planteamientos tienen muy poca cabida en los Departamentos europeos clásicos. Sin embargo, creo que aquí hay futuro; es más, cuando planteamos en *Historia Social* traducir lo mejor sobre el posmodernismo, ya nos propusimos hacer un dossier traduciendo los Subalternos, y creo que lo vamos a sacar. Es decir, estoy convencido de que si hay

gente detrás de lo que llamamos “imaginación” historiográfica, que es buscar nuevas fuentes, nuevos planteamientos, acaban saliendo a la superficie los temas en Historia hasta entonces inexplorados. Ahora bien, que eso sea aceptado por una parte importante del *stablishment*... Me parece que no estamos en condiciones de conseguirlo, sobre todo en nuestra historiografía, donde, además, el reclutamiento se produce mediante un sistema que no permite ninguna disidencia. O sea, si vas a un tribunal y tienes amigos sacas la plaza, pero si, además de no tenerlos, llevas un planteamiento alternativo o disidente, entonces no sacas una plaza en España. Con lo cual, esto está lastrado. Tú vas a una oposición, planteas el interés del estudio de los grupos subalternos, te encuentras al típico profesor que lo que busca son las fuentes, la Historia política, los documentos, las grandes gestas, la importancia de la Historia tal y como había sido concebida siempre, y te dirá que tus planteamientos no merecen estar en la Universidad.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Antes, cuando has hablado de la Historia del Género, has aludido al acceso de la mujer a las Universidades. Por otra parte, en varios escritos has planteado que, además de las aportaciones y categorías desarrolladas por autores como Thompson, Rudé, Hobsbawn y otros, es necesario tener en cuenta e introducir en la Historia nuevos sujetos: género, raza...

Julián CASANOVA: la sociabilidad, por ejemplo...

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Pero, ¿es una cuestión de acceso de las mujeres, de la gente de otras razas a las Universidades, o es una cuestión que tiene que ver con nuevos planteamientos historiográficos, con la introducción de esos nuevos sujetos?

Julián CASANOVA: Las dos cosas a la vez. El género, como un concepto para aplicar a la Historia, tiene que ver con una revisión de insatisfacción por parte de lo que habían hecho los marxistas fundamentalmente, porque ya se sabía que los demás nunca hubieran abordado ese tema, pero también tiene que ver con una batalla... y la empiezan a dar. El caso más paradigmático es el de Theda Skocpol. Skocpol era ya famosa por su análisis sobre *Los Estados y las revoluciones sociales*...¹³ cuando le negaron una plaza en la Universidad de Harvard porque había hecho el doctorado allí y se supone –algo muy normal en el sistema norteamericano– que tienes que pasar un período de formación en otra Universidad. Ella no lo interpretó como una consecuencia lógica de ese sistema, sino que lo planteó como un tema de género: era mujer y por eso le estaban

¹³ SKOCPOL, T., *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

bloqueando su carrera profesional, a pesar de haber precedentes de famosos sociólogos o politólogos contratados habiendo sido doctores en esa Universidad. Y dio la batalla. Esas batallas llevaron a que muchísimas personas, que hasta ese momento no eran contratadas en las Universidades, lo fueran, y a que un buen Departamento que se preciara tenía que empezar a recibir gente que estuviera interesada –en aquel momento iba unido– por el género y los estudios culturales. Se empezó por Literatura, Natalie Z. Davis sería un ejemplo, y se siguió con la Antropología, la Sociología y la Historia. ¿Qué ocasionó todo eso?: pues que gente que hasta ese momento no había tenido oportunidades acabara en las Universidades, acabara creando revistas científicas dedicadas a los estudios de género, al feminismo... O sea que va unido. Donde eso no puede ir unido es aquí, porque aquí no hay ninguna tradición de este tipo. Las personas significativas en el mundo del género empezaron viniendo de fuera y no es casualidad que una de las primeras que estudió aquí esos temas, cuando aquí prácticamente no había nada, fuera Mary Nash, una persona que venía de otras universidades y con otros planteamientos. Lo que está muy claro es que hay sensibilidades y esas sensibilidades juegan con lo político, lo políticamente correcto, pero también con lo historiográfico y con el reconocimiento de que hay gente que pertenece a otros grupos o razas y hay que contar con ellos. Los negros, por ejemplo, han dado una batalla increíble con este tema. Nosotros no estamos en ese punto, pero yo creo que ha habido una insatisfacción que ha provocado este tipo de selección.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Tras esa primera generación en la Historia Social de los que algunos llaman culturalistas británicos, en los años Setenta y Ochenta empezaría a abrirse espacio para una segunda generación y, sobre todo –y aquí nos interesa particularmente tu opinión, como buen conocedor del panorama en Estados Unidos– emerge lo que se va a llamar Sociología Histórica, que tiene ciertos puntos de contacto con la Historia Social. En ese sentido, en algunos de tus trabajos hablas de Historia Social clásica frente a nueva Historia Social y en algún momento dices que, mientras la primera parece tener más sensibilidad hacia la Economía o la Sociología, la segunda parece preferir tender puentes hacia disciplinas como la Antropología o la Literatura. Estaríamos ante la cuestión del giro lingüístico, ante un planteamiento de apertura del discurso que abre, entre otros, J. Derrida pero en el que también es esencial la figura de R. Rorty¹⁴ en Estados Unidos. Esta evolución de la Sociología Histórica, sobre todo en su última

¹⁴ RORTY, R. (ed.), *The Linguistic Turn*, Chicago, University Press, 1967.

etapa, ¿formaría parte de ese giro culturalista, de esa Historia cultural de lo social de la que hablaba R. Chartier¹⁵?

Julián CASANOVA: Bueno, yo creo que la sociología histórica –como han explicado varios autores y, en particular, Theda Skocpol, pionera al respecto– fue realmente una reacción a lo que ella llamaba el “eclipse” de la Historia dentro de la Sociología; es decir, ella reconocía que había dos grandes padres de la Sociología, que eran K. Marx y M. Weber, y que ambos hacían análisis históricos; sin embargo, después de la II Guerra Mundial, fundamentalmente con T. Parsons y el funcionalismo o con la Sociología empírica norteamericana, esta perspectiva se deja de lado. Con lo cual, ¿qué pasaba?: que había una sensibilidad histórica, que estaba en los padres de la Sociología, que se había marginado y que se reclama de nuevo en los Estados Unidos en los años Sesenta. ¿El punto de partida de aquel análisis?: pues indudablemente el conocido libro de Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*¹⁶, que era un poco el padre de T. Skocpol, con sus ideas de modernización, de historia comparada, de la sociología de las grandes estructuras, etc. Pero, evidentemente esa Sociología de Barrington Moore o I. Wallerstein¹⁷ –Perry Anderson hacía un poco lo mismo en Inglaterra–, coincide con el momento culminante de la Historia Social; es decir, se puede trazar claramente un paralelismo con la Historia que está haciendo Thompson en los años 63 y 64, cuando aparecen para mí los tres libros básicos para cualquier persona que quiera conectar la Sociología Histórica con la Historia Social, que son *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* de J. Barrington Moore, *La multitud en la Historia* de G. Rudé¹⁸ y *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, de E. P. Thompson¹⁹. Estamos ante tres libros que marcan clarísimamente tendencias de lo que sería la conexión entre la Sociología Histórica y lo que yo llamo la Historia Social clásica, que conectaría evidentemente con otras corrientes historiográficas. Cuando la Sociología

¹⁵ CHARTIER, R., «Le Monde comme représentation», *Annales ESC*, novembre-décembre 1989, n° 6, pp. 1505-1520.

¹⁶ BARRINGTON MOORE, JR., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press, 1966.

¹⁷ WALLERSTEIN, I., *The Modern World-System*. Vol I: *Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press, 1974; Vol. II: *Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, New York, Academic Press, 1980; Vol. III: *The Second Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840's*. New York, Academic Press, 1989.

¹⁸ RUDÉ, G., *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, New York-London-Sidney, John Wiley & Sons, 1964.

¹⁹ THOMPSON, E. P., *The making of the English...*

Histórica empieza a plantearse todos estos debates, la Historia Cultural o la Cultura intervienen muy poco en estos análisis. Por lo tanto, de nuevo, la Historia Cultural es una reacción a ese matrimonio entre la Sociología Histórica y la Historia Social. Y, si os acordáis de la frase aquella que describe Le Roy Ladurie, “del sótano al ático”²⁰, lo que viene a decir es: esto es lo que hemos hecho, a nosotros ya no nos interesa todo aquello. Este tipo de giro, este tipo de planteamiento, es un planteamiento europeo, porque la Sociología Histórica en Estados Unidos ha sido completamente capital para conectarla con la Historia Social. Porque, además, la Historia que nos llega aquí de los Estados Unidos es la Historia que nos interesa a nosotros, a quienes trabajamos fundamentalmente sobre Europa, pero la tradición historiográfica americana es básicamente empírica y centrada en la Historia política. De hecho, la mayor parte de los grandes Departamentos norteamericanos están controlados por norteamericanos empíricos. Otra cosa es lo que nos llegaba a nosotros, que básicamente eran especialistas en Europa: Arno Mayer, Charles Maier, R. Darnton, Natalie Z. Davis sobre Francia..., que eran europeístas en sus tratamientos. Pero los norteamericanos –que aquí no se conocen–, no entraron en la Historia Social; entraron en la Historia política tradicional y lo que hacen es una Historia cuantitativa cuando conectan con la economía, o una Historia política. Luego, yo creo que lo que llamamos “Historia Cultural” es un giro que se produce así, en masa, a partir de los años Noventa. Hasta ese momento había tenido muy poca importancia en los grandes debates. A partir de los Noventa yo creo que es inevitable.... y hace juego, por ejemplo, con temas como el de la sociabilidad.

De hecho, como dije en «El secano español revisitado»²¹, si cogiéramos el primer número de *Historia Social*, ¿qué temas tratábamos?: clases y movimientos sociales, es decir, lo que habíamos estudiado los historiadores. Treinta o treinta y cinco números después, ¿qué hay?: sociabilidad, marginados, pobres... ¿Cómo se entiende este giro?: porque hay mucha gente que ha trabajado sobre estos temas, porque empieza a haber una sensibilidad entre la gente más joven, que ya no es la que había estado con M. Tuñón de Lara. Es así de claro. La gente se molestó mucho porque algunos defendimos este cambio y lo vio como un desprecio a Tuñón de Lara. Pero no es eso. Sencillamente es que, si uno analiza la historiografía y los coloquios de Pau, que evidentemente marcaban la pauta de lo

²⁰ Expresión empleada por E. Le Roy Ladurie, a la que M. VOVELLE da plena entidad al titular una de sus obras: *De la cave au grenier: un itinéraire en Provence au XVIIIe siècle, de l'histoire sociale à l'histoire des mentalités*, Quebec, Serge Fleury, 1980.

²¹ CASANOVA, J., «El secano español revisitado», en *La Historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 7-38.

que era la política de oposición al franquismo entre los historiadores españoles, las aportaciones son muy escasas desde el punto de vista de la Historia Social; hay contribuciones de Historia regional, de Historia local, que empezaban en aquel momento, pero apenas entran en las reflexiones historiográficas...

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Las reticencias hacia la Teoría de la Historia... Pero, hablando precisamente de la Historia Local en nuestro país, a la que acabas de aludir hace unos momentos, has destacado en varios de tus trabajos su fecundidad en los años Setenta. Por otra parte, también te has decantado en varias ocasiones por la defensa y la utilidad del método comparativo, propio de la Sociología Histórica. Desde una perspectiva doméstica, pensando concretamente en nuestro país, ¿sería compatible la introducción de este método comparativo con la tradición y pujanza de los estudios de Historia Local?

Julián CASANOVA: En primer lugar, es justo reconocer que la Historia local española ha revolucionado el panorama. Es decir, cuando uno coge una síntesis sobre la República y la Guerra civil, como no tenga en cuenta las sólidas monografías regionales y locales no puede captar la realidad de los años Treinta. Otra cosa es que algunas, al ser publicadas por editoriales locales, no hayan tenido una repercusión nacional, pero su fecundidad es clarísima. Ahora bien, dicho esto, hay también una mala noticia, y es que las formas de reclutamiento de la Universidad española pasan por la financiación local. Si un alumno quiere hacer un trabajo sobre la Revolución rusa desde España, para lo cual necesita aprender ruso, y presenta su proyecto a una convocatoria local, no le van a dar la beca. Es decir, las formas de reclutamiento de los historiadores no favorecen la comparación. Pero, insisto, el gran beneficio es que tenemos una historia local riquísima y sólida; si alguien quisiera resumir los grandes debates que ha habido sobre las transiciones, sobre el franquismo, la Guerra civil o sobre el feudalismo, necesariamente tiene que acudir a las historias locales.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Y, sin embargo, a diferencia del panorama que acabas de exponer, la producción sobre Historia de España ha contado con la valiosa aportación de los hispanistas, muchos de ellos conocidos del gran público, principalmente contemporaneistas y modernistas. ¿Es esa falta de ayuda que citabas la razón de que los españoles salgamos tan poco o es que la Historia de fuera no nos interesa?

Julián CASANOVA: Yo creo que hay un déficit bastante claro, que se está salvando a través de los Erasmus y porque la gente tiene cada vez más interés en salir. Además, antes no se conocían idiomas y era muy difícil realizar estancias fuera. Pero quienes salían fuera lo hacían para dedicarse a la Historia de España,

que era la gran diferencia con la gente que, yendo a otro país, se dedicaba a la Historia de ese país. Si no tenemos un especialista sobre la República de Weimar o sobre Hitler, nunca vamos a estar en un gran debate sobre la II Guerra Mundial, por poner un ejemplo. ¿Por qué?: porque no hay un español que escriba en alemán sobre la República de Weimar mientras que hay alemanes que escriben sobre España en castellano. Ese es un dato fundamental. Pero también hay otro, y es que los hispanistas tenían una superioridad sobre la historiografía española al poseer una tradición de escritura y una capacidad de síntesis aprendida desde las Universidades. En realidad, detrás de las obras de H. Kamen o de Elliot hay una excelente labor de síntesis; no hay un reconocimiento de la Historia local, ellos no leen Historia local, no la tienen en cuenta: en sus obras domina, evidentemente, la forma sobre el contenido y eso es lo que les ha ganado al gran público. Y, por último, y esto me parece esencial, las nuestras son Universidades que estimulan a la gente a quedarse aquí, porque además el profesional sabe que si se va fuera es muy difícil que lo contraten a su regreso. Hay que producir mucho, rápido y sin apenas tiempo para la reflexión. Por ejemplo, yo acabé en el 79; a principios de los ochenta, con una beca de investigación, disponía de todo mi tiempo para hacer la tesis. Ahora un becario tiene que ir a congresos, escribir cincuenta articulitos... ¿Dónde está el sosiego? ¿dónde está la reflexión?. Cuando empiezas, necesitas que alguien te estimule, te oriente, te enseñe... Lo que tú no puedes hacer es dispersarte. Este juego español es perverso, porque mientras un americano que hace su tesis doctoral dedica seis o siete años tras terminar la licenciatura a pensar y pensar, para acabar bien situado con 29 o 30 años, aquí se piensa después de hacer la tesis doctoral. Tú primero la haces y después reflexionas sobre lo que has hecho. Creo que eso nos distancia clarísimamente de otras universidades extranjeras. Y muchos españoles que han salido fuera quieren volver pronto, aunque afortunadamente ya empieza a haber excepciones: dos historiadores a los que dirigí la tesis doctoral, por ejemplo, son ya profesores titulares en la Universidad francesa.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Volviendo de nuevo al planteamiento inicial, podíamos aprovechar para comentar la evolución de la historiografía española y concretamente de la Historia Social. En líneas generales coincidiríamos en que, a pesar de lo que se dice, cuarenta años sí son algo y no pasan en vano. En todo caso, es verdad que a partir de finales de los Sesenta se empezó a producir una cierta normalización de la historiografía española que luego se multiplicaría y avanzaría a velocidad de crucero en los Setenta y Ochenta. Sería un poco la Edad de Oro de la Historia Social española. Sin embargo, y pese a que se consiguieron avances importantes, todavía persisten en nuestra historiografía problemas, que no son sólo de historiadores sino que tienen que ver también con el funcionamiento de las

instituciones, con el modelo de carrera académica, con el sistema y planes de estudios.... En este sentido, uno de los problemas que todavía subsiste en la historiografía española –ya has mencionado antes algo– es su escaso interés por los debates historiográficos cuando no su reticencia hacia las reflexiones teóricas, su escasa propensión a introducir o incluso a arriesgarse con nuevas metodologías. ¿Tendría esto relación con el hecho de que en nuestro país no exista una corriente, una escuela, o con el hecho de que en nuestro país no haya una historiografía con unas señas de identidad propias? Porque tú dices: *Annales* y automáticamente lo identificas con Francia...

Julián CASANOVA: Sí, eso está claro, como en Italia la microhistoria. Pero en lo que estáis planteando hay muchas cosas a la vez. En primer lugar, ¿es cierto que la Historia adquiere en los años Ochenta esa solidez que estáis planteando? Sí, creo que es el momento en el que se consolidan los primeros profesionales que reaccionan frente a la miseria –podríamos utilizar ese término– de la historia política, la de la ausencia de historicismo, y la que había en la Universidad española. Estos profesionales que llegan a mediados de los Setenta son fundamentales para analizar por qué la Historia empezó a ser diferente. Y eso pasa en todos los Departamentos. Esa misma gente no es que se canse a finales de los Noventa, pero sí empieza a estar un poco desencantada del modelo universitario español, un modelo que ofrece muy pocos debates historiográficos y mucho debate sobre cómo se contrata a las personas o cómo gira el mundo académico. Esta es la gran diferencia con otras universidades. Nosotros nunca nos juntamos en los Departamentos para plantear cómo estructurar o cómo ordenar un Curso de Doctorado que tenga coherencia, o para plantear debates historiográficos, incluso internos. Nunca tenemos debates intelectuales serios, pero sí nos reunimos porque hay que hacer el POD, o porque toca discutir quién será el próximo becario o la próxima plaza a contratar. Luego, desde ese punto de vista, es verdad que en la Universidad española hay un déficit claro de debate intelectual historiográfico. También creo que los grandes debates que se han producido en los congresos están relacionados sobre todo con los avances de la Historia local, pero nunca han sido debates en torno a conceptos, en torno a tendencias historiográficas. ¿Eso ayuda a explicar por qué no tenemos señas de identidad? Sí y no. Para tener unas señas de identidad en una historiografía, tiene que haber de alguna forma una reacción profunda por parte de los historiadores. Los microhistoriadores italianos surgen porque creen que la Historia de *Annales* no se adapta a ellos. Sin embargo, aquí nunca hubo un planteamiento de si lo francés o lo que se importaba desde fuera, era o no beneficioso para la historiografía española. Hubo una tendencia profrancesa en España. Mucha gente a finales de los Setenta empezó a viajar allí, también ellos empezaron a venir. Creo que Pierre Vilar influyó en muchísima

gente, Labrousse fue muy citado cuando planteaba la Historia social, a través de Tuñón de Lara muchísimos historiadores conectaron con la historiografía francesa. A mí no me cabe ninguna duda. Pero, volviendo a mi planteamiento, creo que la Universidad española está claramente mediatizada por debates ajenos al mundo intelectual e historiográfico. Cada vez que vamos a una reunión es para discutir cosas que no afectan a nuestra vida intelectual, pero sí al mundo del trabajo, como tener o no un buen despacho. Este tipo de cosas son las que cuentan, y las demás no. Y creo también que el mundo de la Universidad es un mundo profundamente dividido en los Departamentos, porque el perverso sistema de oposiciones en España acaba enfrentado a colegas. Se han roto amistades no por debates intelectuales sino por cuestiones personales.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Todo lo cual nos llevaría a una especie de callejón sin salida. ¿Hay solución para eso? Porque ciertamente estamos hablando de cuestiones como la excesiva multiplicación de universidades, la propia organización de las enseñanzas, siempre a vueltas en la Universidad española, un modelo de carrera académica universitaria en el que quien desea entrar tiene que producir permanentemente sin pararse a reflexionar...

Julián CASANOVA: Más ahora que antes...

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Pero, en cierta forma, estamos repitiendo en 2007 palabras que ya se dijeron hace quince o veinte años, y posiblemente no estamos exagerando. Es indudable que ha habido avances fundamentales en la Universidad española desde el punto de vista de la investigación y eso se nota. La Universidad española del 2007 no es la Universidad española de 1980, eso es indiscutible. Pero ciertos problemas estructurales, que ya podíamos prever hace veinte años, seguimos detectándolos ahora. Da la sensación de que estamos en un callejón sin salida o es que, tal vez, somos demasiado pesimistas...

Julián CASANOVA: Evidentemente ha cambiado todo para bien porque el punto de partida era miserable. Era miserable en bibliotecas, que no existían o eran bibliotecas de pequeños Departamentos; era miserable en revistas científicas, que la gente no leía; era miserable en la forma de abordar la docencia: pocos te daban un programa o una bibliografía comentada...; o sea, era miserable en todo. Ha cambiado el medio. Ahora bien, introduzcamos un nuevo debate: ¿cuál es la percepción que tienen los estudiantes de nosotros, de los historiadores que damos clase en las Facultades de Historia?: pues es tan pesimista como la que tenemos los profesores críticos con el sistema de la Universidad. Tan pesimista en el sentido de que dicen: no, a mí la mayor parte de los profesores no me han enseñado.... Ellos lo dicen así, lo perciben así. Luego, algo está fallando. Creo que hay excesiva

autocomplacencia en la Universidad española. ¿Por qué?: porque en el momento en que se gana la plaza, sabes que algo ha cambiado. Sin embargo, además de investigadores somos enseñantes, y nos pagan por muchas cosas pero, en primer lugar, por enseñar y, sin embargo, cada vez hay una ruptura mayor con los estudiantes. En ese tema creo que hemos ido a peor, sinceramente.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Otro problema que se plantea, y que lo hace además con una cierta virulencia en determinados medios de comunicación, es el de la relación / dependencia de los historiadores con la política / los políticos. Y eso nos pone en contacto, queramos o no, con el problema de la manipulación de la Historia. En este sentido, tú hacías un sugerente diagnóstico en un artículo periodístico, en el que afirmabas que, hoy por hoy, “la propaganda sustituye de nuevo al análisis histórico”. Pero, ¿no será esto una señal de alarma? ¿No debería hacernos reflexionar sobre el papel de los historiadores “en” la sociedad, sus compromisos con ella?

Julián CASANOVA: Bueno, en principio hay gente que puede pensar que esto solo se plantea con el tema de la República y la Guerra Civil, pero vamos con los medievalistas... ¿No les afecta también esta cuestión? ¿Cuál es la percepción de los medievalistas respecto a toda esa novela histórica que pone muchísimo énfasis, por ejemplo, en la convivencia de las tres culturas, en los mitos...? ¿Han entrado los medievalistas en estos temas? Podemos preguntarnos: ¿quiénes pueden echar abajo estos mitos? ¿cómo? Y podríamos responder: los historiadores rigurosos que investigan sobre la realidad y, evidentemente, apareciendo en los medios de comunicación porque, de lo contrario... Ese es el planteamiento: ¿cómo reaccionar ante eso? En este terreno tengo una posición ambivalente, en el sentido de que yo pienso que en el fondo nuestra función está en las clases, en crear escuelas, en seguir estimulando tesis doctorales, en abordar proyectos de investigación, en seguir escribiendo y plasmando nuestras investigaciones. Y, evidentemente, apareciendo de alguna forma al exterior. Ahora bien, dar un salto para pasar a ser tertuliano, persona que está contestando siempre a lo que los medios demandan, yo ahí me niego. Pero la primera cuestión, en todo caso, es que el historiador español se ha encerrado muchísimo en lo que es su propia historiografía y no ha dado ese paso que es divulgar la Historia. Yo me he planteado tener presencia en los medios de comunicación para estimular un debate en torno al tema de las víctimas de la guerra civil y del franquismo y su revisión histórica. Pero pasar de ahí a escribir un anti-Moa, como me han ofrecido muchas veces, e ir de tertulia en tertulia para echar abajo los planteamientos de P. Moa, ese no es mi papel. ¿Por qué? Porque en el fondo sigo creyendo en mi punto de vista, no en el otro. Pasaría a todos los niveles con la Historia Medieval. Yo no he visto a los medievalistas enfrentarse con los mitos históricos. Tampoco he visto a modernistas entrar en los mitos de la

Historia de la España imperial o deshacer los mitos de lo que fue la incompetencia del imperio español en Latinoamérica. Al final, los únicos que hemos entrado un poco a saco en todo esto hemos sido los contemporaneistas con el tema de la Guerra Civil.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Con ese tema... Pero es que, en otros, es muy difícil cualquier posibilidad de entrar, máxime si median intereses políticos de los poderes locales. Hay ciertos mitos que atañen a la Historia de una comunidad o de una localidad, sobre todo si afectan a ciertas fibras sensibles o a determinados intereses, mitos sobre los que es difícil publicar un artículo, o lanzar la más mínima sombra, ya no crítica, en la prensa local.

Julián CASANOVA: O sea, estáis planteando que frente a los grandes mitos, si además cuentan con el apoyo de la política y los medios de comunicación, es muy difícil entrar en ello. Estoy de acuerdo.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: No sólo es eso. La cuestión es que lo que acaba imponiéndose es un imaginario que puede venir bien a determinadas concepciones políticas pero que, desde la perspectiva de la Historia y la investigación histórica, puede llegar a ser una pérdida de tiempo absoluta...

Julián CASANOVA: Y la contrapartida es que, cuando llevas un tema interesante a los medios, que crees que es sustancial para comprender mejor el mundo en el que vivían los antepasados de tu ciudad o tu Comunidad, a ellos no les interesa. Eso es evidente y esa es la batalla. ¿Qué hace el historiador ante eso? ¿Tiene que tener una presencia en la sociedad? En mi caso y en el caso de la Guerra Civil ha sido más fácil, porque había una dimensión social sobre el tema que no existe para otros historiadores, con lo cual la receta posiblemente no servirá.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Pero ahí está un poco la cuestión, el debate. Y es que todo esto tiene que ver con la conservación de la memoria histórica, y no nos estamos refiriendo sólo a la Ley de la Memoria histórica. No hace mucho, teníamos ocasión de leer unas declaraciones de un conocido y destacado político de nuestro país en las que decía que él no creía en la memoria histórica de los países, sino en la memoria individual. Da la sensación de que la Historia o, mejor dicho, algunas interpretaciones de la Historia molestan, resultan muy inquietantes para determinados sectores de la población que, sin embargo, acogen paradójicamente con entusiasmo todo tipo de celebración de efemérides, aniversarios, centenarios, etc. La cuestión es que lo que hay en el fondo, a lo peor, no es ya un debate sobre la memoria histórica, sino un debate sobre la propia utilidad de la Historia.

Julián CASANOVA: Yo creo que hay gente que todavía utiliza la Historia como un arma arrojadiza. Está clarísimo. Hay quien utiliza la Historia para conmemorar el presente. Todos los centenarios y las grandes celebraciones conmemoran el presente celebrando la Historia. Cuando el Presidente de la Diputación de cualquier provincia le ofrece al “historiador de pro” un centenario, éste sabe que detrás hay un dinero, hay un poder y hay unos medios de comunicación, y entonces lo acepta. Esa misma persona, que no ha podido conseguir un proyecto de investigación para cinco jóvenes que empiezan con becas, se presta a participar en un centenario en el que le van a dar a él ese dinero. Este es un tema grave que nunca ha sido denunciado ¿Por qué? Porque, en el fondo, es una red en la que participan los políticos a través de las instituciones locales, de las Diputaciones provinciales, de las Cajas de Ahorro... Prácticamente, todo el mundo participa. En segundo lugar, las celebraciones y las conmemoraciones, en la medida que están pagadas por el poder público, es evidente que están orientadas; luego, uno sabe a qué juega... En la conmemoración del Quinto Centenario, del 98, de la Guerra Civil..., cada uno sabe a qué está jugando. Y, por último: ¿por qué todo ese caudal de grandes conmemoraciones? De nuevo esto nos lleva al tema de investigación básica: becas cada vez más escasas, proyectos de investigación insuficientemente financiados... Estamos en esa situación. Entonces, yo creo que lo que hay nuevo en el estudio de la Historia Contemporánea del siglo XX español es una nueva dimensión social del pasado, en el sentido de que, como ha empezado a ser un debate público, los historiadores han empezado a actuar en esa nueva dimensión social: tenemos documentales, tenemos grandes debates en los medios de comunicación que antes no había... Pero, en el fondo, hay otras cuestiones. En una larga entrevista que nos hicieron a varios historiadores con motivo de la publicación de la nueva Historia de España, lo que les preocupaba a los periodistas no era tanto el tema de la Guerra, de la Edad Media, de la Moderna, sino si es posible una Historia de España, si España existe todavía como concepto. Ese es el gran debate, y lo es porque es el debate que afecta a la política, a la patraña de la fragmentación de España. Debemos preguntarnos quién utiliza el tema de que España se está fragmentando y, cuando lo utiliza, a qué Historia se refiere, y entonces, entramos en la República y en los momentos duros de lo que ha sido la sociedad civil española. Ese es el debate abierto. Tenemos una Historia tan diferente que las Autonomías están reinventando su propia Historia y ahí existen historiadores que están al servicio de sus Comunidades. Aquí, por ejemplo, se trata de demostrar que en las Cortes de Aragón en la época medieval ya había una tradición pactista, antecedente de la democracia actual y, para ello, se trata de conectar la tradición pactista aragonesa con el hecho de disfrutar actualmente de una época de estabilidad política. Por lo demás, y volviendo a una pregunta que me habéis planteado y que es básica, creo que uno de los problemas de la

historiografía española es que no ha habido maestros en el sentido de crear escuelas, de estimular líneas de investigación.... Ya no se trata sólo de señas de identidad; es que ni siquiera se han creado escuelas, con gente detrás, con tesis doctorales, con investigaciones... Hoy, cuando se habla de maestros, normalmente se habla de personas con las que has estado estudiando. Yo entiendo el concepto de maestro como un concepto en el que existe libertad intelectual para superar en el debate, si hace falta, al propio maestro. Y eso aquí no se estila.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: De nuevo volvemos a la situación actual de la Universidad española y, en concreto, a los sistemas de reclutamiento de los que has hablado antes...

Julián CASANOVA: Claro. Tengo cierta experiencia en comisiones para evaluar proyectos de investigación tanto aquí como en Estados Unidos. Y en Estados Unidos cuenta muchísimo la capacidad intelectual de la persona que avala la calidad del solicitante y qué tipo de carta hace: ahí se sabe si juzga o no juzga, si apuesta o no apuesta por él; en segundo lugar, interviene muchísimo el expediente, lo que ha hecho, si se le ha citado, si su obra es conocida, porque un buen libro abre muchas puertas. Sin embargo, en España, en vez de establecer unos criterios y sacar al candidato que mejor les cumpla, cada uno busca los criterios que mejor se adaptan a su condición. Esto a mí me ha preocupado mucho y por eso me planteé desde muy joven tener detrás proyectos de investigación en los que se pudieran desarrollar tesis doctorales. En el fondo esa es una de las labores de las que yo más satisfecho estoy en la vida, esto es lo que realmente a mí me ha costado, es lo que creo que he dejado aquí y lo que me gustaría que la gente que venga detrás reconociera.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Durante más de una hora hemos hablado mucho y de muchas cosas, y podríamos seguir hablando de bastantes otras que quedan en el tintero. Pero hay que ir terminando y, para acabar, nos gustaría ver qué alternativas existen. La primera cuestión sería la siguiente: el posmodernismo ha puesto en cuestión elementos esenciales para la Historia y con él se ha reabierto algo que, tal vez, no se ha planteado con tanta intensidad en España pero sí en otras partes, como es el debate sobre la verdad, la objetividad, la narración o la importancia del discurso formal. ¿Son compatibles los discursos posmodernos con la Historia? ¿qué salvarías de todo esto?

Julián CASANOVA: Yo he defendido muchas veces que el mejor legado de las historiografías que hemos tenido hay que seguir recogiendo. Recogerlo significa que hay que seguir enseñándolo y hay que seguir situándolo encima de la mesa para que los que vengan detrás lo perciban en la forma que sea, pero no

abandonarlo. Desde ese punto de vista, yo nunca voy a dejar de explicar a Rudé, por poner un ejemplo. Eso está clarísimo. Segundo, bienvenidos sean los debates que nos obligan a pensar. Creo que el posmodernismo puso al historiador ante el debate de la ficción y las verdades relativas, porque en el fondo trabajamos sobre verdades relativas. Pero esas verdades relativas tienen que ser suficientemente fuertes como para situarlas por encima de la ficción y de la Literatura porque, si no, la Historia carece de sentido; y no puede carecer de sentido cuando hay tantas obras de Historia que han ayudado a comprender la vida. Luego, desde ese punto de vista, la Historia tiene que tener armas. ¿Y cuáles son las armas del historiador? Pues evidentemente aproximarse, con todo el rigor del mundo, al pasado, no ocultar nunca lo que encuentra, pese a que no le satisfaga o no se adapte a sus esquemas, y mantener una búsqueda absoluta, continua, de los medios para aproximarse a ese pasado. La ficción y la verdad es un debate y tienen muchísimo que ver con la novela histórica. Volveríamos al tema: ¿qué es lo que plantea un historiador que no plantee la ficción? Pues, dentro de esas verdades relativas, una forma de comprender muchísimo mejor el pasado. Desde ese punto de vista tenemos que seguir defendiendo la Historia. En tercer lugar, tenemos que estimular nosotros mismos esa búsqueda rigurosa del pasado. En este sentido, hay un tema capital: ¿cuántos debates en los últimos diez o quince años han sido promovidos desde dentro? Nos han obligado desde fuera. Es otra mala señal, es una señal de debilidad. Cuando a una profesión le abren debates sólo desde fuera y no hay ningún debate profundo que surja de ella misma, eso significa anquilosamiento, o que la gente está cansada, o que ya ha dado todo de sí. Luego, el tercer punto sería que nosotros tenemos que forzar la imaginación y la investigación para crear nuestros propios instrumentos, una investigación que no nos venga de fuera. Si recogemos estos tres caudales, tenemos todos los mecanismos del mundo para seguir funcionando. Estos son hoy los caminos. Y esto es lo que hay que enseñar a la gente que viene detrás: que además de hacer una tesis y de tener un puesto de trabajo, esta vida merece búsqueda, merece salir fuera, merece aprender estímulos externos y, sobre todo, merece un poco más de crítica. Porque creo que a nosotros nos enseñaron muy mal, no nos enseñaron a ser historiadores ciudadanos y esto es muy importante. Con lo cual volveríamos al debate anterior, que es que debemos tener presencia en la sociedad. El historiador tiene que ser crítico con la realidad que le rodea. Pero crítico no significa que tenga que pertenecer a un partido u otro. Crítico significa que nunca compras lo primero que te venden, siempre buscas alternativas y debates. Desde ese punto de vista siempre valdrá la pena seguir siendo historiador. Eso es lo que tenemos que inculcar a los jóvenes que vienen con la idea de: ¿con esto se encuentra trabajo? Esto es otra cosa.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Aunque ya has apuntado algunas cuestiones, ¿qué tipo de salidas, no solamente historiográficas sino también político-institucionales, consideras que serían necesarias, por utilizar una frase tuya, para seguir abonando el secano español?

Julián CASANOVA: Creo que en los últimos años, y fijaros que hemos defendido siempre la conexión de Historia y Ciencias Sociales, hemos perdido la orientación de la Literatura. A mí me preocupa muchísimo que los estudiantes de Historia no sepan escribir. Y no saben escribir básicamente porque no han leído, no han practicado la escritura, y esta es una gran diferencia entre la Universidad española y otras universidades. De alguna forma, eso significaría romper el examen como único modelo de evaluación. Es algo que deberíamos plantearnos como enseñantes, tanto para las generaciones futuras como, sobre todo, para los estudiantes que tenemos ahora. En segundo lugar, creo que hace falta mucho más sosiego y reformar el sistema de enseñanza. Mi planteamiento sería que un chico o una chica que tenga una beca de investigación pueda producir a los cuatro años una tesis doctoral sólida que empiece a ser el punto de partida de una carrera. Si, en esos cuatro años, la obra es sólida y este hombre o mujer no ha tenido tiempo de escribir veinticinco comunicaciones, o no ha podido ir a cincuenta Congresos, no pasa absolutamente nada, porque está en el momento de formarse. La Licenciatura abre caminos, pero la formación la adquiere ahora. Habrá que empezar a replantear ese tema. Y quienes lo tenemos que replantear somos los que estamos aquí, porque los que vienen van a seguir estando en la misma situación. Y, por último, creo que hay que situarse ante una perspectiva diferente respecto a lo que significan los grupos consolidados y los proyectos de investigación, que hasta ahora han sido solo prebendas que han ido dándose a gente con más o menos fama dentro de la historiografía. Creo que tiene que haber otro planteamiento diferente. Y ya el último punto, que me habéis planteado varias veces, cada día estoy más convencido de que el camino de la promoción española pasa por romper lo que yo llamo provincianismo, no en el sentido de que se haga Historia local –ya hemos llegado a un acuerdo de que la Historia local ha sido muy fructífera–, sino en el sentido de que un historiador español haga siempre toda su carrera profesional en el mismo sitio donde vive. Hay que salir fuera, promover el contacto con otros historiadores, en los congresos, en las reuniones, y eso los jóvenes lo deben mamar.

BONACHÍA - MARTÍN CEA: Y por último, y pese a que a algunos les pese, salta a la vista que la Historia no ha terminado. El 11 de septiembre de 2001, no solo se derrumbaron las Torres Gemelas sino también muchas de las “ilusiones” ultraliberales. Ni se ha producido el fin de la Historia ni ésta era, como algunos pensaban, tan inmóvil. Y hoy por hoy el mundo sigue siendo complejo y sigue

siendo conflictivo. Cuando escribimos a algunas personas, entre ellas a ti, para participar en este número, una de ellas iniciaba su respuesta diciendo: “la Historia humana sólo se acabará cuando se termine la especie”. La cuestión, según la planteaba él, no es tanto si seguirá habiendo Historia sino si tiene futuro la historiografía.

Julián CASANOVA: En primer lugar, creo que vivimos en un mundo más complicado que hace años, en el que hay unos focos intensos de conflicto. La idea expuesta por gente que a finales de los Ochenta, con el derrumbe del bloque soviético, creía que íbamos a acabar en una especie de convergencia democrática, capitalista, globalizadora, se acabó. Ya se sabía en aquel tiempo, pero ahora se ha intensificado mucho más. Han vuelto grandes debates, como ocurre con el tema de las religiones, y no solo desde la perspectiva de que puedan crear o no conflictos, de que sean fundamentalistas o no, sino de que la religión ha acabado siendo un importantísimo vehículo de afirmación nacional. Es un debate que quienes se dedican a la Sociología comparada de las Religiones lo saben. ¿Futuro de la historiografía? Pues el mismo que hemos tenido en el pasado, es decir, seguir abriendo caminos, buscar constantemente nuevas explicaciones y alternativas, y pensar que, aunque va a haber menos alumnos en el futuro y aunque nos van a seguir mareando con la reestructuración de la Licenciatura y los Master, también hemos recorrido un camino muy importante y tenemos que seguir consolidándole. Yo pondría menos énfasis en las asociaciones y mucho más en la consolidación de revistas, que es un camino que en España ha sido siempre imposible. Y creo, en fin, que nos falta también un poco más de comunicación con el exterior..., solo nos comunicamos con los hispanistas y no con el resto.